

RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN CUARTO

I

La carta aquella de Minatitlan que, con sus blandas solicitudes y su adjunta remesa de versos malos, me determinó á empezar esta colección de RIPIOS ULTRAMARINOS y me sirvió de exordio para el montón primero, ha servido también de ejemplar y norma para otras muchas cartas sobre el mismo asunto.

Porque, efectivamente, á imitación de aquellos tres amigos de Minatitlan, otros muchos americanos amantes de la poesía y del buen gusto literario, me han escrito luego cartas semejantes animándome á continuar la obra empezada y enviándome para ello buena y abundante materia, verdaderos fardos de versos ripiosos.

Entre estas cartas, que corresponden á di-

versas regiones de América, hay una de El Tocuyo (Venezuela), que es como sigue:

(Hay un membrete.)

«El Tocuyo, 5 de Setiembre de 1896.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor nuestro: Usted con sus sabias y regocijadas críticas (es favor, muchas gracias) está haciendo un importantísimo servicio, no sólo á las letras de esa nación, sino también á las americanas. Y como en los *montones* de RIPIOS ULTRAMARINOS que van publicados no figura ningún poeta venezolano, nos permitimos remitirle una buena cantidad de recortes donde hallará usted ripios á porrillo. ¡Ojalá zarandeara usted á tanto poeta cursil!

»Si usted consagra íntegro un *montón* á los *poetas* venezolanos, creemos que se agota aquí la edición en seguida. Tanto es el interés con que por acá se leen y celebran sus deliciosas críticas. (Vuelvo á dar las gracias.)

»En recompensa de este envío le suplicamos que nos remita dos ejemplares del tomo.

»Anticipándole las gracias, nos suscribimos de usted respetuosos ss. q. b. s. m.—(Siguen dos firmas.)

¿Cómo ni por qué iba yo á desairar á los dos señores firmantes de esta carta?

Nunca pensé en ello.

Al contrario, desde luego formé intención de complacerles haciendo un cuarto montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, intención que ahora voy á poner por obra.

No irá todo él, como proponen y desean los amables comunicantes, consagrado á los *poetas* venezolanos, pero tendrán éstos en él buena parte.

Comenzando por Julio Calcaño, cuya lucubración venía la primera en el paquete.

Este vate, académico de la correspondiente de allá, pertenece á una especie de dinastía de Calcaños, ya antigua en el país, todos ellos muy tentados á escribir versos, sin que ninguno haya conseguido, como poeta, pasar de la altura de su apellido.

La composición de Julio Calcaño se titula *Acuarela* y está dedicada á un señor *Alirio Díaz Guerra*, que será otro mal poeta regularmente.

De estilo modernista, quiere, por el número de versos y la combinación de los consonantes, parecer un soneto; pero no siendo sus versos endecasílabos, que son los propios del soneto en castellano, sino de doce sílabas... y tampoco de doce propiamente, sino de siete y de cinco escritos cada dos como uno solo, más que á soneto suena á seguidillas mal concertadas.

Empieza así:

«Bajan al mar los rayos del sol *de estío...*
Y los del sol de invierno... pues también bajan,
Siempre que en el trayecto no los atajan
Las nubes, ó los vates, á su *albedrío...*»

No es este el cuarteto de Calcaño, pero tampoco es mejor que éste.

El de Calcaño dice:

«Bajan al mar los rayos del sol de estío
Y esmaltan de reflejos de oro y *turquesa*
(¡Buena es esa, Calcaño! Sí, ¡buena es esa!
La espuma que si el viento las ondas *besa*
(*¡Besa?...* Pues ya me explico yo la *turquesa*)
Salta en menudas gotas *cual de rocío.*»

Claro que *cual de rocío* tenían que ser las menudas gotas.

Para eso había cuidado el vate de que los rayos del sol que bajaban al mar, fueron precisamente los del sol *de estío*.

Con un poco de paciencia y otro poco... es decir, no, de esto ya no se necesita tan poco, sino bastante cantidad... de mal gusto, se arregla en seguida un cuarteto de estos seguidillescos y ridículos.

Vamos al segundo de los de Calcaño:

«Hiende Leonor...»

¿Quién será ésta?...

Bueno; ya lo sabremos pronto... ó no lo

sabremos nunca; porque también de esto se dan casos.

«Hiende Leonor las aguas á su *albedrío...*»

Naturalmente.

De henderlas, tenía que ser á su *albedrío*, porque para eso las gotas de espuma eran *cual de rocío*, y los rayos que bajaban al mar eran *del sol de estío*.

«Hiende Leonor las aguas á su *albedrío*;
Y de la fina holanda surgiendo *apriosa...*»

También, naturalmente.

Si había de concertar con *besa* y con *turquesa*, tenía que surgir *apriosa*.

Despacio no valía.

Y por cierto que el *apriosa* es la única palabra que en ese verso tiene razón de ser; aunque no sea más que la razón del consonante.

Porque todo aquello otro de la *fina holandá* no se sabe á qué viene.

Sigamos, á ver:

«Hiende Leonor las aguas á su *albedrío*;
Y de la *fina holandá* surgiendo *apriosa*,
Alza el botón...»

¿Qué botón será este?... ¿Y quién le alzará?...

¡Dios mío! ¡Si esto es un mar de confusiones!

El vate dice que Leonor, ó *Leonor*, que es como hay que leer para que haya verso, hien- de las aguas á *su albedrío*; pero así hace él también al colocar las palabras. También las pone á su albedrío.

Repitamos:

«Hiende Leonor las aguas á *su albedrío*;
Y de la *fina holanda* surgiendo *aprieta*,
Alza el botón *bermejo*...»

Bueno; ya sabemos algo más: el botón es bermejo...

Pero no por eso salimos de dudas. ¿Qué tendrá que hacer ahí un botón bermejo?...

A ver si lo acabamos de entender:

«Hiende Leonor las aguas á *su albedrío*;
Y de la *fina holanda* surgiendo *aprieta*,
Alza el botón *bermejo como la fresa*...»

Sí, es claro: ya no quedaban apenas más consonantes en *esa*...

De modo que casi no tenía el vate más remedio que hacer al botón bermejo *como la fresa*... ó ponerle en salsa bayonesa...

Pero no es eso lo más malo, sino que seguimos sin entender de este cuarteto nada absolutamente.

Y me temo que el único verso que nos queda por leer no nos va á aclarar tampoco el sentido gran cosa.

Como que dice:

«Sobre la muelle curva su poderío.»

¿Lo entienden ustedes?...

Yo, por mí, no. Ni sé de quién es el *su poderío*, ni de quién es la muelle curva, ni qué curva muelle es la de que se trata...

Amén de no saber tampoco nada del *botón bermejo*, ni del papel que pueda desempeñar ahí la *holanda fina*...

Vamos á volver á leer todo el cuarteto de un tirón á ver si acaso...

«Hiende Leonor las aguas á *su albedrío*;
Y de la *fina holanda* surgiendo *aprieta*,
Alza el botón bermejo *como la fresa*
Sobre la *muelle curva* su *poderío*...»

Nada; declaro que no entiendo ni una palabra... Y que no he visto en mi vida cuatro versos con menos sentido ni con más disparates.

Parece que Leonor debe de ser una mujer que nada; porque eso puede significar lo de hender las aguas á su albedrío. Con lo cual llegamos al fin del primer verso.

Pero en el segundo nos dice el vate talonario ó calcañesco:

«Y de la *fina holanda* surgiendo *aprieta*...»

Y aquí ya no se sabe quién surge de la *fina holanda*, si es la misma Leonor ó es otra persona ú otra cosa.

Viene el verso tercero, en donde dice el vate que

«Alza el botón bermejo como la fresa.»

Y no se sabe qué botón es éste ni quién le alza; pues aunque en el cuarto verso se da á entender que le alza *su poderío*, no se sabe de quién es el poderío, ni cuál es la muelle curva sobre la que *su poderío* (no se sabe de quién) alza el botón bermejo.

Nada, no se sabe nada... más que la cualidad de académico del Sr. Calcaño. Que aun sin saberla se adivinaría leyendo su obra.

Vamos á los tercetos.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas...»

Hasta aquí tampoco nos dice nada nuevo el vate.

Porque eso de que el sol sea *luciente* es ya muy sabido. Y lo de que sean *verdes* las faldas de los montes, tampoco puede pasar por noticia fresca.

Sigamos.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las verdes faldas
Y de las *glaucas* ondas la blanca espuma...»

Vamos, esto de las ondas *glaucas*, ya es algo. Pues aunque no sea nuevo del todo, es

bastante feo y ridículo, y váyase lo uno por lo otro.

Pero vamos á ver lo que sale de todos estos preparativos...

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma...»

Esta bruma no es la que cubre el entendimiento del vate, ya lo supondrán ustedes, sino la del mar.

La otra no la rasga ningún sol por *luciente* que sea.

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas
Y de las *glaucas* ondas la blanca espuma,
Baja el cabello de oro por *sus* espaldas...»

¿Que de quién serán estas sus espaldas?...

Como no parece probable que sean del sol, que es á quien por derecho de sintaxis corresponden, hay que suponer que sean las de Leonor; pero aun suponiéndolo así, y suponiendo que el cabello de oro sea de ella también, ¿qué conexión puede tener esto de que el cabello de oro baje por las espaldas de Leonor, con que el sol *luciente* rasgue la bruma y esmalte las faldas verdes y la blanca espuma de las ondas *glaucas*?

Y, sin embargo, el vate quiere que sea consecuencia lo uno de lo otro, por cuanto dice: *Y como el sol luciente*, etc.; es decir, que sólo porque el sol *luciente* rasga la bruma, etc..., baja el cabello de Leonor por sus espaldas.

En fin que, digámoslo en el mismo metro calcañil:

No se puede hacer caso de ciertos vates,
Porque no dicen nunca más que dislates.

Pero el vate calcañesco añade todavía más... desatinos.

Porque dice que

«Baja el cabello de oro por sus espaldas
Iluminando el cuerpo...»

Y como si esto aún no fuera bastante, añade que el cuerpo «brilla»; pero no así como quiera, sino que *brilla en suma*, que es una manera de brillar desconocida, si se quiere, pero necesaria para aconsonantar con *espuma* y con *bruma*.

. *En suma* (como brilla el cuerpo de Leonor), que los dos tercetos enteros son de esta facha:

«Y como el sol *luciente* rasga la bruma
Y esmalta de los montes las *verdes* faldas
Y de las *glaucas* ondas la *blanca* espuma,
Baja el cabello de oro *por sus espaldas*
Iluminando el cuerpo que *brilla en suma*
Cual *cincelado* mármol sobre *esmeraldas*...»

Y no da más de sí este Calcaño.
Ni *en suma*, ni en resta, ni en escabeche.

II

Otro recorte de los enviados de El Tocuyo trae una composición de Manuel Eudoro Aybar, la cual tiene por lo menos una cosa buena: que es corta.

Se titula *Nupcial*, y está dedicada á una María.

Verán ustedes si tiene gracia:

«Un día de verano muy ardoroso...»

Y muy ripio; porque la verdad es que siendo de verano el día no hacía falta decir que era ardoroso, puesto que todos lo suelen ser.

Pero como vendrá detrás otro *oso*, el vate creyó conveniente prepararle el camino con ese día *muy ardoroso*.

Los versos por lo demás, como ven ustedes, son del mismo tipo que los de Calcaño.

Seguidillescos.

«Un día de verano *muy ardoroso*
Se encontraron volando dos *tortolitas*...»